

La Marquesa había llegado á la ceguera por gra-
dos, y casi sin que se apercibiera ella misma de que
su vista se extinguía; pero el día en que se sintió
cercada para siempre de tinieblas, su desesperacion
fué inmensa, y acusó al cielo que, tal vez demasiado
justo, la castigaba de su vida de desorden.

Pocos meses hacia que había dejado de ver,
cuando fué á casa de su hermano con el único objeto
de distraerse; pero en su interior, se agitaba una
idea fija; la de buscarse una compañera joven y do-
tada de talento, que conservase á su alrededor á
sus amigos con los encantos de su figura y de su
conversacion, y con quien pudiese conversar ella
misma.

Puede suponerse la satisfaccion con que encontró
á Julia en casa de su hermano, y cuánto se alegró
de que aquella fuese libre y casi pobre, aunque no
pobre del todo; la reproduccion que buscaba de sí
misma, aunque en más pequeña escala, estaba allí;
la amiga cariñosa, sumisa, tierna, sensible y dotada

La Marquesa había llegado á la ceguera por gra-
dos, y casi sin que se apercibiera ella misma de que
su vista se extinguía; pero el día en que se sintió
cercada para siempre de tinieblas, su desesperacion
fué inmensa, y acusó al cielo que, tal vez demasiado
justo, la castigaba de su vida de desorden.

Pocos meses hacia que había dejado de ver,
cuando fué á casa de su hermano con el único objeto
de distraerse; pero en su interior, se agitaba una
idea fija; la de buscarse una compañera joven y do-
tada de talento, que conservase á su alrededor á
sus amigos con los encantos de su figura y de su
conversacion, y con quien pudiese conversar ella
misma.

Puede suponerse la satisfaccion con que encontró
á Julia en casa de su hermano, y cuánto se alegró
de que aquella fuese libre y casi pobre, aunque no
pobre del todo; la reproduccion que buscaba de sí
misma, aunque en más pequeña escala, estaba allí;
la amiga cariñosa, sumisa, tierna, sensible y dotada

de la distincion que el gusto esquisito de la Marquesa deseaba, estaba allí; allí, donde ménos esperaba hallarla.

Muy pronto formó su plan; dominante por naturaleza y por costumbre, y nada apegada á los lazos de la familia, le importó muy poco el privar de su aya á los hijos de su hermano, ó mejor dicho, ni se detuvo á pensar si les ofendia con semejante accion; estudió á Julia, y cuando ya creyó que la tenia conocida á fondo, le propuso que se fuera con ella á París.

—Sereis, le dijo, mi señorita de compañía, si esto os place; en la eterna noche en que vivo, veré por vuestros ojos, y me comunicareis vuestras impresiones; á la vez salís de esta dependencia, que os debe ser penosa, y que hacen mayor el carácter adusto de mi hermano y el excesivamente débil y apocado de su esposa; no os digo lo que os daré, ni quiero señalaros una pension; yo creo que una amiga no debe estar asalariada, sino partir con su amiga lo que ésta tenga.

Julia, desinteresada por carácter y naturaleza, aceptó con gratitud; y una mañana, con gran asombro de Amelia y con mucho enojo de parte de su marido, la Marquesa anunció, al levantarse de la mesa, que se marchaba con Julia.

—¿Te llevas á esta señorita? preguntó Mr. de Vichy; está bien; yo me alegro de que desembaraces

de ella mi casa; creo que no te arrepentirás de tu eleccion; sois tal para cual.

El Presidente volvió la espalda, y salió del comedor, dejando aquellas palabras groseras é hirientes por despedida.

Su esposa sintió con más verdad y con más ternura la separacion de la jóven; la abrazó con lágrimas, y, llevándola al hueco de una ventana, le dijo estrechando sus manos.

—Mi querida Juha, os compadezco por la determinacion que habeis tomado, y sé que vuestra union con la Marquesa durará poco; ¡ah! ¿Por qué dejais este pacífico asilo por la tempestad? Verdad es que en él teniais tambien algunas penas; pero, ¿dónde no se padecen en la tierra? Ya veis que yo soporto las mias con valor, y Dios me recompensa dándome esa dulce paz que sólo es compatible con el cumplimiento del deber.

Julia quiso responderle que allí no tenía ella porvenir alguno; pero era demasiado orgullosa para eso, y guardó un altivo silencio.

—¡No sabeis aún en cuán peligrosa sociedad vais á encontraros á los veinte años! prosiguió la Presidenta; ¡no sabeis que es aquello un círculo de excépticos, de descreidos, de filósofos á la moda que os halagarán para corromperos! El ser demasiado instruida es muy perjudicial para la mujer, y ésta no necesita más ciencia que la de saber sentir y sufrir

con resignacion; dentro de poco, Julia, la noble y desgraciada sombra de vuestra madre llorará al veros muy fatalmente cambiada; ella vivió siempre en una modesta oscuridad; y si es cierto que hasta en ella la azotaron las pasiones, tambien lo es que, á lo ménos, conservó puras é intactas su fé y sus creencias religiosas, como el faro salvador de su vida.

—Señora, respondió Julia con alguna acritud, porque se impacientaba de no tener razones que oponer á los temores de la Presidenta; señora, aquí no he sido tratada como tenia derecho á esperar; me he cansado ya de la humillante servidumbre.

—Os indignais porque os convenzo de que obrais mal, observó tristemente Amelia; en esto sólo haceis lo que hacen todos los que defienden una mala causa: la razon es tranquila, y no hace cargos; no quiero responderos que, si la estancia en mi casa os era poco grata, podiais haberla cambiado por otro asilo semejante y que os ofreciera más ventajas, bien para el corazon, bien para la fortuna; no; no intentaré convenceros, porque os veo muy resuelta á llevar á cabo vuestro proyecto; id, hija mia, ¡y haga el cielo que no se cumplan mis tristes presentimientos y que no echeis de ménos este asilo, que era para vos decoroso, y que yo os ofrecí con la mejor voluntad!

Amelia, dichas estas palabras, besó á Julia en la frente, dejando allí la huella de una hermosa y santa lágrima; puso en manos de la jóven un bolsillo

lleno de oro, como pago de sus últimos honorarios, y salió en seguida para ir á buscar á su esposo y á sus hijos.

Julia partió con la Marquesa, que la condujo á Paris, manifestando por ella el más vivo entusiasmo.

Pero no era la Marquesa Du-Deffant mujer en quien el entusiasmo pudiese ser durable; exajerada en todo y excesivamente apasionada, llegaba muy pronto al extremo del afecto, y una vez allí, su cariño iba en descenso, con la misma rapidez que habia subido.

Julia halló en casa de la Marquesa un salon brillante y lleno de la sociedad más escogida; los literatos más distinguidos de la época se reunian en él, y los hombres más eminentes de Paris tenian á gloria formar la córte diaria de las dos señoras.

Sin embargo, la belleza y la edad de Julia debian darle una gran preeminencia sobre la Marquesa, y aunque la galanteria más esquisita presidiese en el salon de Mad. Du-Deffant, los veinte años de la señorita Lespinasse, conquistaban otra clase de simpatías que los cincuenta de la Marquesa.

En aquel salon fué donde se dió á conocer el talento de Julia, uno de los más brillantes y de los más notables de su época; su hermosura, á la vez dulce, altiva y melancólica; la elegancia de su figura, la admirable distincion de sus maneras, y el delicado gusto que dominaba siempre en su traje y

en todas sus acciones, le atrajeron una nube de adoradores, y el nombre de Julia Lespinasse se hizo célebre en Paris.

En honor de la verdad, debe decirse que la jóven dama de compañía de la Marquesa se dedicó á complacer á ésta con la más viva solicitud, con el más tierno empeño: desde que la Marquesa despertaba, Julia corría al lado de su lecho, ayudaba á la doncella á vestirla y peinarla, y la entretenía sin cesar con su conversación y con las gracias de un talento siempre variado y florido: ella era la verdadera vista de la Marquesa, que no tenía ninguna, y para la Marquesa guardaba las agudezas de su ingenio y toda la ternura de su corazón.

Julia estaba verdaderamente agradecida á madame Du-Deffant, porque la había sacado de la oscuridad en que yacía: la oscuridad para ella era la muerte, y necesitaba una atmósfera cálida en que moverse, como las mariposas necesitan el sol ó la llama artificial que la remeda.

En el salón de la Marquesa fué donde Julia conoció al célebre geómetra D'Alembert, jóven aún y de una figura simpática y agradable; aquel hombre eminente concibió por Julia una violenta pasión: olvidada la gravedad de su carácter y la melancolía que ántes le había dominado, convirtióse casi en un niño, y pasaba las horas en muda contemplación delante de aquella mujer que había llegado á ser due-

ña absoluta de su corazón y de todos sus pensamientos.

Julia se apercibió muy pronto del efecto que producía, pues este efecto no se oculta á ninguna mujer por cándida é inexperta que sea, y, sin embargo, aquella pasión profunda, aquel afecto noble y lleno de ternura, no halló eco en su corazón.

¿En qué consiste que el amor verdadero es tan pocas veces correspondido? La experiencia enseña que no puede subsistir, ó que, á lo ménos, es muy rara la pasión que guarda un equilibrio perfecto; el grande el profundo amor es casi siempre pagado con la tibieza, y cuando aque' se apaga, acaso se aviva con las luces de la pasión lo que parecía próximo á extinguirse.

La señorita de Lespinasse no podía amar al ilustre geómetra, que le dedicaba una pasión tan pura, tan generosa y noble; le concedía, sí, algún cariño y una alta estimación de las brillantes prendas que reunía; pero á no haber sido por haberse encargado de unirlos la casualidad, esa diosa protectora de los amantes, jamás D'Alembert hubiera logrado de Julia otra cosa que una buena amistad.

El primer año de la estancia de Julia Leonor en casa de la Marquesa, fué feliz para las dos; apasionada vivamente de su dama de compañía Mad. Du-Deffant, hallaba bello y bueno cuanto aquella hacía y decía, pues la afección embellece hasta las acciones

más insignificantes de la persona querida; pero así que se apercibió de que le robaba Julia una gran parte de los homenajes de sus amigos y admiradores, la Marquesa tuvo celos del talento de Julia y de su belleza, que, aunque no podía contemplar, veía aún más encantadora de lo que era en realidad.

Otro año pasó tomando cada día formas más visibles y alarmantes el disgusto de la Marquesa, disgusto que se transmitió también al ánimo de Julia, herida por semejante injusticia; porque ella amaba verdaderamente á la Marquesa, y le agradecía su protección y su apoyo como un beneficio.

Aquella rivalidad de mujeres, no podía detenerse en un punto razonable: crecía cada hora, y así debía suceder; cuando la causa es miserable, los efectos son aún más ruines y despreciables que la causa; poco á poco la Marquesa cayó en la debilidad de hacer mil desaires á Julia, y ésta, que era orgullosa y susceptible hasta el extremo, llegó á atesorar en su pecho un raudal de hiel contra la que ya no consideraba como su bienhechora, sino como su rival y enemiga.

Un día en que se hallaba sola en el salon con D'Alembert, se quejó á él de las sinrazones de la Marquesa, y le dijo que iba á salir de su casa.

—¡Y bien! ¡Venid á la mía! le dijo aquel, reinad en ella como reinais en mi corazón, y yo seré el más dichoso de todos los hombres.

Julia Leonor era ya atea, lo mismo en punto á religion que en cuanto á la moral: la época además autorizaba todos los desórdenes que se cubrían con el manto del amor. Luis XV pasaba la mitad de su vida en el famoso *Parque de los ciervos*, y ni él ni nadie extrañaron que la señorita Lespinasse, generalmente conocida y admirada por su talento, admitiese las ofertas y la protección de un hombre tan eminentemente como D'Alembert.

Después de una ruptura ruidosa y formidable, Julia Leonor de Lespinasse abandonó la casa de la Marquesa, y se fué á la del filósofo; el Rey le concedió una pensión de 1.500 francos, como sancion de su falta de decoro y de respeto á las leyes de la decencia y del pudor.

La casa de los dos amantes fué en breve el punto de reunion de todos los sábios y literatos nacionales y extranjeros: la señorita Lespinasse halló en aquella morada, que ella arregló de un modo acorde con su buen gusto y elegancia, el más tierno y apasionado cariño, la mayor abundancia, y la más grande tranquilidad, si es que ésta cabe en una vida que no está en armonía con la conciencia y con las leyes de la religion y del honor.

No obstante, Julia se hallaba en aquella situacion con pocas penas, ó mejor dicho, sin ninguna; la fé de su infancia, aquella fé que le habian trasmitido tan pura, tan sencilla y tan tierna, primero su nodriza, despues la familia de Lespinasse, y por último, su pobre y buena madre, se habia apagado en su alma con el contacto fatal de la naturaleza depravada y rebelde de la Marquesa Du-Deffant, y luego con el

La casa de los dos amantes fué en breve el punto de reunion de todos los sábios y literatos nacionales y extranjeros: la señorita Lespinasse halló en aquella morada, que ella arregló de un modo acorde con su buen gusto y elegancia, el más tierno y apasionado cariño, la mayor abundancia, y la más grande tranquilidad, si es que ésta cabe en una vida que no está en armonía con la conciencia y con las leyes de la religion y del honor.

No obstante, Julia se hallaba en aquella situacion con pocas penas, ó mejor dicho, sin ninguna; la fé de su infancia, aquella fé que le habian trasmitido tan pura, tan sencilla y tan tierna, primero su nodriza, despues la familia de Lespinasse, y por último, su pobre y buena madre, se habia apagado en su alma con el contacto fatal de la naturaleza depravada y rebelde de la Marquesa Du-Deffant, y luego con el

trato de los sábios y filósofos pesimistas, que constituían la sociedad habitual de aquella señora.

Sus continuos estudios por una parte, el desengaño recibido por su misma hermana al arrebatarse las pruebas de su nacimiento, y las fatales relaciones que habia adquirido, habian embotado la voz de la conciencia; voz augusta que no puede desoirse por largo tiempo, y que la desgracia debia levantar de nuevo en el corazon de Julia.

En compañía de D'Alembert fué donde adquirió la señorita Lespinasse su verdadera fama de mujer de talento; dedicóse á estudiar la literatura; pero, más afecta á pensar que á expresar sus pensamientos, sólo escribió dos excelentes capítulos añadidos al *Viaje sentimental de Sterne*; al mismo tiempo, D'Alembert, escribía y publicaba un admirable *Retrato* de su amiga, que dió una fama universal, así al autor como á Julia, que era la persona retratada por la mano del amor y del talento.

Poco á poco la serena y grave hermosura de Julia se alteró de una manera considerable; sus facciones, redondeadas y dulces, se hicieron angulosas; el sentimiento dejaba la plaza al pensamiento; las largas disertaciones, las cuestiones científicas y filosóficas, las sutilezas del espíritu, la continua controversia, habian reemplazado á la mujer sentimental y dulce, por la mujer sabia, racionalista y un tanto pedante.

—¿Por qué me amais? preguntaba ella un dia á D'Alembert; ya no soy aquella hermosa mujer que vos habeis retratado; ya no soy bonita, ni apénas soy buena; ya no tengo ilusiones ni esas amables debilidades que forman el encanto mayor de la mujer.

—Es verdad, contestaba tristemente Mr. D'Alembert; ya no sois nada de lo que érais, valeis mucho ménos que cuando os conocí; no pienso en mi amor, sino en mi felicidad.

—No os entiendo, dijo Julia, fijando en su amigo la profunda mirada de sus negros ojos.

—Escuchadme con atencion, repuso el geómetra tomando la mano de la señorita Lespinasse; yo os amo lo mismo que cuando os conocí, ó aún más; el amor no puede estar jamás estacionado; ó crece ó descende; el amor estacionado es sólo amistad; pues bien, Julia, mi amor crece cada dia, á cada hora, á cada instante; esto os extrañará acaso, conociendo vos y confesando con vuestra habitual franqueza que valeis mucho ménos que ántes; pero sabed que el amor nunca es más grande, más ciego, más apasionado, más terrible, que cuando no tiene razon de ser.

—¿Luego no sabeis ya que me amais? preguntó Julia sonriendo.

—¡Sí, lo sé! Os amo, no por lo que valeis, sino por lo que mi corazon os estima, porque el amor,

no estriba en el mérito de la persona amada, sino en la ilusion de la persona que ama.

—¿Y si llega dia en que os cureis de vuestra inmensa ceguedad, ó en que perdais por completo vuestra ilusion?

—No es fácil, respondió D'Alembert.

—¿Por qué?

—Porque yo no me quiero curar.

—¿Y si variáis de modo de pensar?

—¡Jamás!

—No podeis responder del porvenir como yo tampoco puedo responder á mi vez, dijo la señorita Lespinasse; pero dejemos esto, y decidme por qué sois desgraciado al contemplar el cambio que se ha operado en mí.

—Porque sé que ese cambio jamás hubiera tenido lugar si me hubiéreis amado; sólo el amor conserva la debilidad de carácter y la profunda delicadeza de la mujer; sólo el amor la hace ser apasionada por todo lo bello y lo bueno de la vida; si amárais, no pensaríais tanto, ni irais con tanto empeño al fondo de las cosas; si amárais seríais ménos sábia, y sólo anhelaríais poseer la ciencia incomparable del amor; todavia no habeis estado enamorada, y tiemblo por mí el dia en que lo esteis.

—Yo no amaré jamás, dijo Julia moviendo tristemente la cabeza, ese es mi destino; creedme, amigo mio, lo que os concedo á vos, es todo lo que puedo

conceder, y acaso mi corazon no está formado para más tiernos y ardientes afectos.

—Alembert tenia razon; el amor debia aún fecundar aquella rica y virgen naturaleza, aquel corazon que tan pocas veces habia latido por los afectos humanos, y que jamás habia agitado la pasion.